

Entusiasmo y abatimiento

La conmoción de los encuentros

MARCELA VILLEGAS

Sílaba, Medellín, 2021, 109 pp.

LA NATURALEZA de mi encuentro con *La conmoción de los encuentros*, el descubrimiento progresivo que me produjo su lectura, será el envés de la experiencia de quien lea esta reseña y vaya luego a buscar el libro.

Nadie me lo había recomendado, no tenía la más remota idea de qué iba, ni sabía nada de su autora. Prescindí de la información de las solapas, a veces tan engañosa, y entré sin más al texto. Pronto advertí cuánto extrañaba esa sensación de riesgo y aventura que da leer desprevenidamente, sin tanto contexto, como quien tantea en una habitación a oscuras, con una excitación infantil, mezcla de curiosidad y miedo, de cosquilla en los huesos.

El primer capítulo o cuento, o lo que fuera, llevaba por título “Grupo de juego”: una madre colombiana que vive en Silicon Valley con su esposo y su pequeño hijo, Martín, describe las dinámicas complejas, tensas, de un grupo de mujeres que se reúnen en un parque mientras sus hijos juegan. El entorno es de esos en los que varias culturas intentan armonizarse pero hay fricciones, se rozan, se incomodan e intentan que no salgan a relucir los viejos, los horribles prejuicios que las distancian:

Nos unían la inmersión total en la maternidad y el sentimiento de superioridad moral que nos daba el haber elegido dedicarnos por completo a nuestros hijos. Éramos expertas en esquivar temas que pudieran traer conflictos: no hablábamos de política, raza o religión o de cuánto ganaban nuestros maridos. (p. 17)

Esa concordia, esa burbuja frágil de lo políticamente correcto, estallará con un acontecimiento violento, punto de inflexión verosímil y sorprendente. Frases como “tanto horror no deja espacio a la curiosidad” suscitaban mi entusiasmo. El desenlace y el cierre eran de tan alta factura, tan contenidos y redondos, que decreté: esto que tengo en las manos es un libro de cuentos, un

prometedor libro de cuentos, una colección que abre con un cuento perfecto.

En el segundo cuento, “Escondite”, aparecían de nuevo la misma madre y su hijo, Martín, quien se pierde jugando al escondite y provoca así una de esas situaciones absurdas que conocen perfectamente quienes, siendo extranjeros, han tenido que lidiar alguna vez con la mojigatería, la impertinencia y la intransigencia de algunas personas e instituciones en los Estados Unidos.

El siguiente cuento era “Perritos de la pradera” y de nuevo aparecían la narradora de los dos anteriores, su hijo Martín y su esposo, Daniel, apenas mencionado en los dos anteriores. Mi teoría de que *La conmoción de los encuentros* era un libro de cuentos tambaleaba un poco. A lo mejor se trataba de una novela erigida con fragmentos anecdóticos que funcionaban solos y en conjunto. Claro que también hay libros de cuentos así, me dije, y muy buenos. Está el personaje de Nick Adams, que aparece en varios cuentos de Hemingway, por ejemplo, o Lucas, en *Un tal Lucas*, de Julio Cortázar. ¿Es *Un tal Lucas* realmente un libro de cuentos? Tanto Lucas como Nick Adams, recordé, eran los álter ego de sus autores. Hmm, murmuré, conque conque, dije, sospechando que había dado con algo importante. Y seguí leyendo.

En “Parto” se sumó a la familia una nueva integrante, Luciana, la menor, mientras a lo lejos ardían las colinas de Hayward. Y de nuevo las frases luminosas, en esta ocasión cuando la narradora alza por primera vez a su hija recién nacida: “La envolvieron en una tela elástica de algodón, le pusieron un gorrito y me la dieron. Yo sentí una oleada de algo más antiguo que la alegría” (p. 47).

El siguiente, “En todas partes y en ninguna”, me gustó tanto como el primer cuento o capítulo. Narra el encuentro, en una biblioteca pública de Miami, de la narradora con el director de un taller para viejos que ha escrito una novela tan estupenda como voluminosa, y que se niega a publicar. Le sigue “Peregrinaje”, bueno pero no tanto como los demás, acerca de una visita a la casa-museo de Hemingway en Key West. “Invasiones”, el que le sigue, es la historia de un barrio mortificado por un grupo de pavos reales y el huracán Irma. La entrañable espontaneidad de las narraciones sugería que la ficción estaba

muy cerca de la experiencia personal de quien escribía, así que volví a pensar en Lucas y en Nick Adams, e intenté imaginar el vínculo entre la narradora y la autora. La tentación de ir a las solapas era fuerte, pero la resistí y pasé a la siguiente página. Palabra a palabra, Marcela Villegas se mostraba como una escritora de limpia agudeza, capaz de expresar muy bien las emociones y de retratar realidades cotidianas. He encontrado, pensé, una autora a la que le seguiré los pasos por mucho tiempo. El siguiente cuento o capítulo llevaba por título “La reina de los bandidos”: Luciana se compadece de un *junkie* y yo me entero de que la narradora tiene cáncer y ha comenzado un tratamiento de quimioterapia. En “San Miguel Arcángel” la encontré frágil: un chivo la tumba al piso y un niño la lleva a donde una anciana que le habla en creole y le cura las raspaduras con un ungüento casero. “En la sala de espera”, el último, es un agudo y conmovedor ejercicio de observación en la sala de espera de un centro de oncología. Y entonces viene la terrible revelación, en los agradecimientos: “Estos relatos los escribí durante los períodos de descanso de un tratamiento de quimioterapia. Habría sido imposible hacerlo sin los cuidados, el amor y el apoyo de Sergio, Adelaida y Simón, mis tres amores”. Voy ahora sí a las solapas: Marcela Villegas nació en Manizales en 1973. Es agrónoma de profesión con una maestría en estudios ambientales. Este es su segundo libro; el primero, *Camposanto*, obtuvo el Premio Nacional de Novela Corta de la Universidad Javeriana en 2016. Voy al computador a ver qué más encuentro en internet y doy con un episodio del podcast *El Topo*, de diciembre de 2020; un artículo de la autora publicado por la revista *Bienestar*, en septiembre de 2019, bajo el título de “Mi cáncer: una historia natural”, y un artículo de Adriana Villegas Botero, publicado el 13 de febrero de 2022, en el diario *La Patria* de Manizales. Juntos confirman lo que estoy temiendo: a Marcela Villegas le diagnosticaron un cáncer de ovarios en octubre de 2018, la operaron y tuvo una recurrencia dos meses después; pasó por varios ciclos de quimio y radioterapia, probó más tratamientos, los tumores siguieron creciendo, abandonó los tratamientos y murió a principios de 2022, más o menos por las

CUENTO		RESEÑAS
<p>mismas fechas en las que comenzaba yo a leer <i>La conmoción de los encuentros</i>.</p> <p>La oigo hablar en el podcast y su voz quebrada, su lucidez y su franqueza hacen que se me escurran las lágrimas. Tan pronto se acaba vuelvo a oírlo y lloro de nuevo. Me aclaro la garganta, preparo un café y me siento a escribir con una mezcla explosiva de tristeza y rabia. Tristeza por esa vida que ya no es y rabia contra el azar de la muerte; rabia de no saber rendirle un mejor homenaje, y tristeza por los libros suyos que esperaba leer y que ya no escribirá.</p> <p>Abro de nuevo el libro para leer mis apuntes al margen y me deslumbra el epígrafe de Virginia Woolf al que no había prestado atención antes: “No hay antídoto (séame permitido advertirlo) contra la conmoción de los encuentros”. Eso me hace recordar una canción de Leonard Cohen que dice: “No hay cura para el amor”, y tengo que volver al artículo en la revista <i>Bienestar</i> para encontrar el bellissimo fragmento que quiero dejar resonando acá, al final:</p> <p style="padding-left: 40px;">Siempre tuve conciencia de ello, de lo finos que son los hilos que nos atan a la vida y de lo natural que es el que se rompan. No temo morir, pero deseo intensamente vivir. Y vivir bien, como siempre lo he hecho, en movimiento, con alegría, amando. Esa es la medida de la vida que deseo: otra no me interesa.</p> <p>La naturaleza de mi encuentro con Marcela Villegas, la conmoción intensa que me produce su vida y su obra, se repetirá, espero, en quien lea esta reseña y vaya luego a escuchar su voz, a buscarla en sus artículos y en sus dos libros.</p> <p style="text-align: right;">Santiago Cepeda</p>		